

# APUNTES DE VIAJE

POR L. D'ANDRAITX

No siempre se hace un viajero por voluntad, ni viajando puede uno llamarse siempre viajero con plena razón, sino simple y llanamente «transportado». Cuando uno engulle kilómetros, y más kilómetros, sentado en las cómodas o incómodas butacas de un tren, sin detenerse apenas en las estaciones, de ser el tren un expreso, no creo, que el hecho merezca otro nombre que el de traslado o transporte. Hoy en día, el viaje, desterradas las caballerías, la parada y fonda en los pueblos del camino, ha perdido uno de sus mejores alicientes. Del camino no se aprende nada; se puede curiosear únicamente en las estaciones de transbordo y en las terminales. Cuando se poseen los suficientes conocimientos geográficos, quizás, un paisaje rápidamente entrevisto será suficiente para corroborar un pleno conocimiento, si uno no es demasiado exigente con la acepción del verbo conocer. Reconozco que mis conocimientos geográficos son míseros, por lo cual las impresiones de mi largo viaje, Barcelona - Valencia - Cartagena, y Cartagena - Madrid - Barcelona son una amalgama de recuerdos confusos y mal hilvanados. Especialmente el viaje de vuelta. Viaje que inicié, debido a una causa fortuita y lamentable. Las recientes inundaciones de Valencia, cerraron las vías levantinas, y todos los que querían dirigirse a Aragón o a Cataluña tuvieron que hacerlo vía a Madrid.

Salí de Cartagena a las dos de la tarde de un martes. Me correspondió el asiento número doce en el segundo vagón del Taf. Pero me aposenté en el contiguo al ver que na tenía reserva, por estar del lado de la ventanilla.

No conocía a nadie del vagón, todo me era extraño; incluso el asiento no era el mío. Ignorado, el camino que iba a recorrer. A última hora se me olvidó el comprarme una guía de ferrocarriles, como era mi propósito, tan sólo para saber el nombre de los pueblos de mi desconocida ruta.

Mi único conocido, mi único punto de referencia, era mi reloj. Lo miré con afecto.

Discurrió el tren una hora entre montañas peladas. Paisaje triste. Poco a poco se perfiló la huerta murciana, y tardamos en recorrerla una media hora larga. Fué un alivio a la aspereza del principio. Después empezó a llover, a llover sobre un terreno que ya aparecía encharcado. Pensé en Valencia, en su terrible inundación, en el miedo que debió sentir la gente sitiada por las aguas. Cuarenta minutos se abrió paso el tren a través de la lluvia. Quedaron atrás los nubarrones, y, ya con cielo despejado, pasamos, a las cuatro y media de la tarde, por Minas. El tren no se detuvo. Minas que da la sensación de ser de un pueblo mísero. La mayoría de sus casas están excavadas en la propia roca. Y me pregunté cómo podrían vivir sus inquilinos sin más ventilación que la pequeña puerta de entrada, sin luz, quizás alumbrados únicamente por candiles. Siglo XX. ¿Por qué no será el siglo igual para todos?

Las montañas de Minas se prolongaban más allá del pueblo en montículos ocreos de laderas finas como flanes de arena. Y uno casi adivinaba su temblor.

Más a lo lejos, se perfilaba una sierra desnuda, parada, llena de arrugas y pliegues como el hábito de un monje. Austera.

El ocre de la tierra iba tornándose rojizo, y con el color crecía también la vegetación. Unos cuantos olivos pronunciaron la palabra paz antes de entrar en Hellín. Hellín es fértil, de importancia agrícola. Campos de maíz, frutales, olivos, viñedos . . . El verde es sedante, confortador . . . Cerré los ojos, quizás se cerrasen solos. Dormí.

Desperté con sobresalto. Cuando dormimos no sé por qué nos imaginamos estar siempre en la cama. Consulté mi reloj. Seguía siendo mi único amigo. Eran las seis. Por la ventanilla, vi un paisaje sin luz, llano. En primer término, un campo en el que dos parejas de mulos arrastraban sendos arados, bajo las órdenes sin voz de dos campesinos callados.

Cuarenta minutos más tarde llegamos a Albacete. Se ocupó el asiento contiguo al mío.

Después de cinco horas de absoluto silencio, me apetecía conversación, y sacrifiqué la lectura de mi compañero de viaje. Lamenté mi falta de caridad, cuando ví que doblaba el periódico que tenía entre las manos y con calma manifiesta se dispuso a sufrir, no ya mi conversación, sino mis irrefrenables deseos de hablar. Después del desahogo, vino un auténtico diálogo.

Nada se veía a través de los cristales de la ventanilla, sólo el negro de la noche y las luces mortecinas de algún pueblo ignorado. Los relojes de los campanarios, con su círculo de luz, luz sin arañazos, asemejaban ojos ciegos, mudos al tiempo que pasaba. Pero otros relojes sin tanta luz, más próximos, marcaban nuestro paso por las estaciones.

A las once y veinte minutos de la noche reclamó nuestro tren su derecho al descanso en la estación de Atocha.

La noche de Madrid era hermosa, tibia, brillante, y el propio Madrid es también hermoso. Desde luego, no hubiese pasado frío, durmiendo en un banco del Retiro. Cosa que temí que ocurriera, al no encontrar alojamiento en ninguno de los hoteles que conocía. Ya se ha hecho clásica la dificultad de encontrar alojamiento en Madrid, pero aquel día ya no era dificultad, sino imposible, gracias a las reservas que tenían hechas los miembros del Congreso de la convención anual de A.S. T.A. Pero resolví mis apuros, al fin, acudiendo a una Residencia. Al día siguiente, de pocas horas dispuse para recorrer la capital de España, Nuevos apuros para conseguir un billete hasta Barcelona. Todas las líneas del Centro estaban congestionadas ante el cierre de las de Levante. Pero sí, tuve tiempo para acercarme hasta el nuevo rascacielos, conocido con el nombre de La Torre de Madrid. El día anterior habían terminado de cubrir el edificio, y una bandera ondeaba alegre, en tradicional simbolismo, en su parte más alta. Es el edificio de estructura de hormigón más alto del mundo, y el más elevado entre las construcciones de otras características de Europa. Tiene ciento veinticinco metros de altura, y consta de 34 plantas y tres sótanos.

Habrán aun de transcurrir dos años antes que no esté terminado totalmente. Catorce pisos se destinarán a oficinas, los restantes a departamentos de lujo.

Ante la escasez de viviendas, ¡cuántos sueños no despertarán la viva presencia de esos pisos que van naciendo! Verdaderos sueños. Son pisos de lujo.

Andraitx